

EL CINE Y EL SIGLO XX EN CANARIAS

Fernando Gabriel Martín

El arte por excelencia del siglo xx se convierte también en el primer espectáculo de los canarios, especialmente entre 1910 y 1980. El cinematógrafo opera como ventana al mundo, viaje trasatlántico, alternativa al aislamiento, o fábrica de emociones, evasiones y sueños. Primero las Islas fueron dibujadas y pintadas, luego fotografiadas, y captadas poco después en el movimiento aparente del cine. Canarias se convierte en mayoritario tópico cinematográfico, derivado de una visión estereotipada de las Islas construida desde la Antigüedad, que alcanza a otras expresiones culturales, y que resume bien el concepto de Afortunadas, fatal *slogan* insostenible desde hace siglos.

Desde el comienzo, las fuerzas vivas canarias pusieron el cine al servicio del conocimiento de las Islas, era un medio y no un fin, la mejor manera de divulgar en el exterior las bellezas y valores insulares, pues lo que siempre se busca es atraer visitantes y fomentar la política turística. Empieza así la estrecha relación entre cine y turismo desde la década de los 10, que continua actualmente incrementada con las nuevas tecnologías de la imagen. Se entiende, en consecuencia, que el cine se asumiera como propaganda y que no interesara el establecimiento de unas bases industriales mínimas y necesarias, que solamente preocuparon a unos pocos aventureros esforzados y con una visión muy clara de la importancia del cine en la sociedad contemporánea. Por ello la ansiada industria local se presenta como un sueño inalcanzable, una utopía de unos cuantos *locos* que claman su verdad en el desierto de una sociedad sorda, que ocasional-

mente se viste con los ropajes de los triunfos y que en otras ignora o desprecia el trabajo realizado. Así ocurre desde la pionera plataforma industrial establecida contra viento y marea por varios cineastas de los años 20, hasta la década de los 90 con el frustrado impulso a la deseada industria que supuso la eventual *zeroloto*, inversión insólita de mil quinientos millones de pesetas desviados del proyecto de televisión autonómica. Todo ello también ayuda a entender el extraordinario desarrollo que en los fecundos años 70 tuvo el cine amateur, de coste bajo y fuera de las estructuras industriales, que se plantea como una alternativa a la necesidad de producir películas y expresar distintos discursos mediante las imágenes en movimiento, y cuyo heredero es hoy el video y sus derivados. En la Canarias actual, pasiva, desmotivada, desnortada, alienada, y callada, es impensable un movimiento creativo con un empuje parecido al de veinte años atrás.

Este quebrado y desalentador panorama que afecta a la producción contrasta con el amplio desarrollo de la cultura cinematográfica en diferentes campos tal como expresan la abundancia de infraestructuras humana y material y el protagonismo del cine en la sociedad insular. En primer lugar, la distribución, con un negocio muy repartido desde los años 30 pero que hoy, en plena democracia, cuenta únicamente con dos empresas que representan todas las películas y funcionan como monopolios. Motor indispensable han sido los empresarios, por lo general grupos familiares que iban incorporándose al mundo de la exhibición abriendo nuevas salas al público, sean de estreno (algunas eran, pocas lo son, hermosas muestras de templos cinematográficos) o de reprise (cines de barrio, cines al aire libre). Los más poderosos llegaron a explotar cadenas de cines, incluso en varias Islas, sobre todo en los años dorados. Las primeras salas se construyen en las ciudades y, poco a poco, el cine se va extendiendo por los pueblos según se acentúa la demanda. Pero su presencia es desnivelada en todas las Islas por distintos condicionantes geográficos, socioeconómicos o culturales, pero también por la irregular instalación de la electricidad en todos los núcleos y por el aislamiento de muchas poblaciones que se va paliando con la construcción de carreteras. La llegada de las multisalas en los años 80 liquida el concepto de sala cinematográfica y una manera de ver las películas que contaba con una tradición de setenta años. Escasos ejemplares de cines siguen aún en funcionamiento, muchos se han perdido para siempre, otros han reconvertido sus espacios para diversos negocios, pero algunos resisten en pie y pelagra su futuro.

En un siglo, desde la prensa a la radio, desde los libros a los cursos y conferencias, se ha hablado y escrito mucho de cine. Inconstante ha sido la necesaria presencia de la crítica especializada en los medios de comunicación isleños, tanto por desinterés como por presiones publicitarias, una cuestión aún abierta que se arrastra incomprensiblemente. Desde los años 70, surgen estudiosos que abordan el cine como campo de la historia y de la estética y lo integran al conjunto de la investigación humanística. Las publicaciones de todo tipo (folletos,

revistas, libros) divulgan su producción que comprende temas y aspectos muy diversos, sistematizan la memoria del cine en las Islas, y contribuyen asimismo a la historiografía general con estudios sobre el cine nacional y extranjero. Foros de debate, especialmente en la repesora dictadura, y difusores del otro cine, diversos Cine-Clubs y colectivos cinematográficos han supuesto una alternativa preciosa para el aficionado en su extensión cultural del cine, que creemos tan necesarios hoy como en los años 50, 60 ó 70, pues el público, adocenado por el cine del Imperio, ha perdido referentes imprescindibles de la cultura cinematográfica y también la facultad del encuentro y el debate en torno a las películas. La autonomía nos trajo por fin una Filmoteca Canaria, aunque en sus quince años de trayectoria ni sus gestores han sido capaces de hacerla funcionar ni los políticos la han dotado con los recursos humanos y materiales imprescindibles.

Muy reciente es la definitiva y reivindicada incorporación del cine a los planes de estudios universitarios, aunque su presencia en las enseñanzas medias es aún desigual y poco satisfactoria. En los últimos años se ha producido en Canarias un desarrollo sin precedentes de la investigación sobre el mundo del cine con un carácter riguroso y científico. Esto lo ha estimulado el incremento de investigadores y especialistas y la diversificación de su trabajo: investigación en centros nacionales y extranjeros, asistencia a Congresos, integración en la AEHC (Asociación Española de Historiadores del Cine), publicaciones en revistas, realización de Tesinas y Tesis en ambas Universidades canarias, organización de cursos especializados, actividades del Aula de Cine de la Universidad de La Laguna, edición de la Revista de Cine *Rosebud*, Proyecto de Investigación de fuentes cinematográficas en los archivos públicos de Tenerife, creación de la primera Cátedra de Historia del Cine, creación de titulación propia de Cine en la Universidad de Verano de Adeje.

Pero son los espectadores la infraestructura fundamental. Y la cinefilia insular, la constante promoción del cine en la prensa, las carteleras en calles y establecimientos o los anuncios en otros medios, son testigos de la importancia de esta industria en el ocio insular y en la creación de un imaginario colectivo alimentado por las imágenes vistas en la oscuridad de los cines. Los isleños, ávidos de conectarse al mundo, han profesado un generalizado amor al cine y una excelente muestra actual es que Canarias sea una de las regiones españolas donde el coleccionismo cinematográfico (rico, muy variado y muy cotizado) tenga un mayor número de seguidores y se cuente con importantes fondos patrimoniales cuyo destino es preocupante por incierto.

El futuro, que también es presente, ofrece una considerable extensión de la cultura e industria del audiovisual a través de la proliferación de cadenas de TV locales, la TV autonómica, o la 2. En ellas parece residir la esperanza de seguir creando imágenes en movimiento, en el formato que sea, pues el escaso apoyo institucional o la nula iniciativa privada dibujan un panorama sombrío que aconseja al cineasta la emigración o el dedicarse a otra cosa. Como se ha hecho

durante todo el siglo, se sigue fomentando una Canarias de decorado pues la única promoción oficial existente es que vengan los de fuera a rodar. Es la eterna actitud de la burguesía canaria, básicamente inculta, y en consecuencia insensible, de vocación explotadora con su territorio, y poco dada a innovaciones industriales.

En pocas autonomías ha sido tan patética la relación de la cultura y la modernidad con el nacionalismo imperante. Al no existir un concepto de Canarias que esté más allá de la especulación y el interés inmediato, incapaces de ilusionar a los canarios con un proyecto común que esté por encima de las divergencias, los nacionalistas han fracasado de manera patente y dolorosa. Llenan el hueco trivializando o imponiendo tradiciones pues lo que interesa es la rentabilidad inmediata, tal como expresan la insoportable insistencia con la música de salsa o los bailes de magos. El arte e industria cinematográficos son poco valorados por los políticos locales que parece no han encontrado en este medio la rentabilidad de imagen que les da la música clásica, por la que poco apostaban hace años y que, contradictoriamente, es consumida por un reducido número de ciudadanos. Así, resulta de una torpeza desmesurada y provoca indignación cultural la inexplicable ausencia del cine y la fotografía en la recién aprobada ley sobre nuestro patrimonio histórico que de ese modo les niega su condición de bienes de interés cultural para todos los canarios como parte de su memoria histórica, y que en buena lógica sí estaban incluidos en el primer borrador de la ley elaborado en 1989. No debe extrañar, pues, que rodar un film es ahora mismo (de nuevo) una actividad casi romántica, y que ver buen cine no colonizado una quimera. A un siglo de su existencia, y a comienzos de otro, el cine en Canarias, que sigue contando con mayoría de adeptos, es difícil de hacer, difícil de ver, y, más insensato aún, desde ciertas instancias se le mira de soslayo con anacrónico recelo, tanto intelectual como industrial.

En el año 2000, cuando ya hemos celebrado el centenario de la llegada del cine a Canarias, cuando la Historia del Cine es ya materia troncal en los estudios universitarios, parece totalmente pertinente el hecho insólito de que la prestigiosa *Revista de Historia* dedique generosamente este número al arte del cine. Los textos que siguen se originan en uno de los cursos organizados por el Departamento de Historia del Arte de la Universidad de La Laguna, el Ayuntamiento de La Laguna y los Multicines Agüere de la misma ciudad, y que con el nombre de *Cien años de Cine en Canarias* trataba de hacer un balance general, pero completo, de la producción, distribución y exhibición cinematográficas en las Islas. Fue una experiencia ambiciosa, prolongada durante casi un mes (mayo de 1997), que acompañaba las intervenciones de los conferenciantes con una representación de películas que abarcaban desde el cine mudo hasta la década de los 90. Los autores de los textos son personas con experiencia en distintos campos de la cinematografía (escritura, investigación, docencia, realización), aunque por distintas razones no se publican todas las conferencias. Se celebró una mesa redon-

da final que coordinó Benito Fernández Arozena sobre el futuro del audiovisual, con la presencia de un representante del Gobierno autónomo (Lorenzo Suárez, Consejero de la Presidencia), cineastas (Teodoro Ríos, Rolando Díaz, Elio Quiroga) y un crítico (Claudio Utrera), que debatieron con el público el estado presente y las alternativas industriales y culturales para el cine en las Islas.